

Oswald Spengler en la filosofía e ideología contemporáneas

Horacio Cagni

En el Nordfriedhof, el cementerio del norte de la ciudad de Munich, una lápida cuadrada de mármol, rodeada de plantas y extremadamente sobria, destaca por la ausencia de fechas y palabras. En ella, sólo un nombre grabado con letras de molde: Spengler. Nadie que no esté avisado sospecharía que en esa tumba descansan los restos de uno de los pensadores más destacados y controvertidos de este siglo. ¿Quién era, qué significó este hombre en las ideas y la política de nuestro tiempo?

No es la intención de este artículo exponer la teórica spengleriana, la cual –al menos en sus grandes lineamientos– resulta bastante conocida, sino efectuar un relevamiento de la importancia que Spengler ha tenido en la crítica académica e ideológica a partir de la *Decadencia de Occidente*, sin duda su obra capital. Resulta virtualmente imposible agotar el aluvión de material editado relacionado con las tesis del filósofo alemán, y sólo haremos una revisión general de los principales autores, situaciones y eventos que se han confrontado con Spengler y sus obras¹.

La fama de *La Decadencia* terminó por eclipsar al resto de la producción intelectual spengleriana; no obstante, existen dos Spengler: uno es el historiador-filósofo, creador de una ‘morfología de las culturas’ y el otro es el escritor político. Ambos influyeron de una manera tan extensa y vital que fueron objeto de los elogios más desmedidos y las críticas más enconadas.

Pero, sobre todo, Spengler ha sido un auténtico poeta de la historia; en los pasos de Nietzsche, aseguró que, si la naturaleza había de ser tratada científicamente, en cambio, la historia había de serlo poéticamente². El estilo spengleriano, ciertamente, es muy alemán, y también sus problemas; pero

su irracionalidad trasciende los marcos geográficos y epocales para expresar esa necesidad humana de encontrar un sentido a la existencia más allá de las respuestas de una razón cada vez más débil y condicionada. El anhelo de trascendencia alcanzó su cenit en el gran movimiento romántico; bien dice Giusso que con Spengler se cierra un siglo de historiografía romántica³. Precisamente la colisión de las tesis de la decadencia se da con las nuevas tendencias del mundo moderno.

Oswald Arnold Gottfried Spengler nació en Blankenburg (Harz) en 1880. Hijo de un matrimonio burgués, gracias a la Fundación Franke pudo cursar estudios en el Gimnasio Clásico de dicha institución en Halle. Estudió luego en las universidades de Halle, Berlín y Munich, con dedicación a las matemáticas y las ciencias naturales. Profesor desde 1908 en el Real Gimnasio Heinrich Hertz, en Hamburgo, organizó la sección de ciencias naturales. No fue sino hasta 1911 que encontró “su” filosofía, al renunciar al gimnasio y trasladarse a Munich, ciudad en la que residió hasta su muerte en 1936. Maestro particular en la ciudad de Baviera, Spengler vivió en un humilde y solitario apartamento que tenía como vista las vías de la Bahnhof, comía en los comedores de obreros y en total soledad preparaba la *Decadencia de Occidente*, que aparecería en plena guerra –primero en Viena y luego en Munich– el año 1918. La fama y el dinero que reportaron a su autor le permitió cambiar de casa y de vida, aún cuando siempre siguió fiel a sus principios, su sobriedad y aislamiento. En 1922 aparecería la segunda parte de la obra.

Las influencias sobre el pensamiento de Spengler son muchas; él reconoce en primer término a Goethe y Nietzsche⁴, pero debemos considerar también a sus maestros sucesivos, especialmente Vaihinger, así como su fe evangélica⁵.

El ficcionalismo vaihingeriano reduce el número, el átomo, el método, la mecánica, a un juego de ficción: todo es un símbolo, una pirueta, un artificio.⁶ En 1904 Spengler se doctora en filosofía en la Universidad de Halle con una tesis sobre “La concepción energética fundamental del pensamiento de Heráclito”

en la cual expresa la que, andando el tiempo, restará como la teoría más relativista sobre el Oscuro, poniendo especial énfasis en el eterno fluir, en la impermanencia de todo producido frente al continuo producirse, a la carencia de fines de la historia, al eterno retorno.⁷ Debemos considerar que el filósofo prusiano conocía bien las modernas teorías energéticas –la entropía, Mach, Ostwald– así como las distinciones entre ‘naturaleza’ e ‘historia’ desde Schopenhauer hasta Windelband y Rickert. En la historia se da el devenir, opuesto a lo producido, propio de la naturaleza. Siguiendo al Oscuro, todo se produce acorde con el destino, y esto también es la necesidad; la libertad queda circunscripta a la posibilidad expansiva en la aceptación del destino. Forzosamente este pensamiento debía ser trágico.

La aplicación de todas esas teorías a la historia de las culturas –que nacen, crecen, se desarrollan y mueren– constituyen la morfología de la historia; pero a esta concepción determinista Spengler le añade el voluntarismo fáustico y la fe individual activa –tan propia de la concepción protestante– en lo que hace al Occidente, la civilización que, a su juicio, está al final de su ciclo. De allí que este pensador también sea un escritor pedagógico y político.

Si bien el interés de Spengler por la historia puede surgir ante la conciencia de una Europa declinante ante el poder asiático⁸, es la crisis mediterránea de 1911 –que lleva a Alemania al borde del conflicto– la que, según él mismo confiesa, le obliga a la reflexión política. En ese sombrío ambiente cultural europeo, confirmado por la debacle del 14-18, el intelectual Spengler no dejó de ser un patriota, y en el prólogo de la primera parte de *La Decadencia* –fechado en diciembre de 1917– expresa su deseo de que “este libro no desmerezca de los esfuerzos militares de Alemania”⁹. La primera objeción hecha a esta obra es que fue el producto de la derrota alemana. Nada más lejos de la verdad, pues hasta entrado el año 18 el Reich triunfaba en todos los frentes. Además, existe un testimonio incontestable que descarta definitivamente esta versión y que no había sido tenido en cuenta en los estudios sobre el filósofo alemán. Se trata de una carta de Spengler ofreciendo el manuscrito de la primera parte de su libro al editor Kurt Wolff, fechada en abril de 1917, cuando el desenlace del conflicto

era imprevisible¹⁰. El estado de ánimo colectivo que reinaba en Alemania hizo que *La Decadencia* tuviera un éxito masivo impresionante; prácticamente no había catedrático que no dedicase su conferencia de apertura o clausura de curso al pensador fáustico. El mundo académico estaba conmovido. Los profesores y especialistas de las universidades alemanas se dividían según su simpatía o rechazo respecto de *Der Untergang des Abendlandes*. En general, los sabios y eruditos no catedráticos se manifestaban favorables a Spengler –como el astrónomo berlinés Burgel–, mientras los historiadores y teólogos –como Friedrich Meinecke, Ernst Troeltsch y Goetz Briefs– estaban más que irritados. Durante años Alemania, y posteriormente Europa y el mundo, erigió un “clamor en torno a Spengler”¹¹. Muy ilustrativo resulta recordar algunas de esas críticas.

El torno de la gran polémica con las sombrías tesis spenglerianas tiene orígenes epistemológicos, gnoseológicos e ideológicos. El tema de la libertad en la historia es esencial. Los impugnadores de Spengler se reclutan tanto entre los neokantianos como en aquellos educados en el racionalismo científico y el positivismo, ya de orientación liberal como marxista. Al enfrentarse con las nociones de sino, intuición, necesidad, se escandalizaban. En la mayoría de los críticos, además, subyace una actitud de lucha contra la evaluación racional y pretendidamente objetiva de las premisas spenglerianas y el evidente influjo que encierra la poesía del texto analizado. El hecho estético ha tenido siempre una relevancia excesiva en la producción intelectual germana, más aún en los pensadores de brillo nietzscheano. Así, cualquier especialista que se interesaba en *La Decadencia* debía abrirse paso a través de la maestría de las descripciones, la severa majestad de las predicciones y el arte de su prosa para arribar al meollo de las tesis y juzgarlas científicamente. Muchos reaccionaron violentamente ante la fascinación estilística.

Pero hay algo más. El mundo académico y los “cultos” estaban disgustados por el éxito imprevisto que tenía un autor que ni siquiera era profesor universitario y, por ende, no pertenecía a ninguna “república” de las ciencias ni de las letras. Dígase cuanto se quiera, muchas de las críticas fueron producto de la envidia y

resentimiento; Spengler vale infinitamente más, a pesar de sus muchos errores, que la inmensa mayoría de sus críticos. Hay en sus escritos más vitalidad que en los académicos que tanto le denostaban.

Cuando apareció la segunda parte de *La Decadencia*, que se ocupaba del Estado y la política de las culturas, encontró nuevas oposiciones entre los juristas y científicos sociales.

Desde los neokantianos llovieron los mayores dardos. La lógica del tiempo de Spengler es inaccesible al pensamiento kantiano, en el cual la especulación teórica absoluta subordina a toda reacción ante el incentivo de los hechos. Y el pensador fáustico privilegia los hechos a las verdades. La crítica la encabezó el académico profesor August Messer; para él *La Decadencia* es el producto de un naturalismo excesivo. La diferencia con el kantismo salta a la vista: “la diferencia entre causalidad y destino en Spengler correspóndese con el tipo que debe ser aprehendido, o sea el aspecto subjetivo solamente y no el sustrato objetivo. Causalidad es lo que forma la comprensión y establece la ley, lo expuesto, la forma de las experiencias intelectuales externas. Destino es la palabra para un conocimiento no comprensible”; y, en este orden de ideas, “el alma de las culturas son consideradas como poderes metafísicos que conviven en la lucha por la existencia, lo cual nos demuestra un pensamiento totalmente naturalista...”¹². La concepción spengleriana de las culturas como organismos vivientes entre los cuales se pueden establecer correspondencias homologas, y su afirmación –la más discutible– de que cada cultura tiene un alma propia incomprensible para las demás, constituirán el blanco principal de los juicios de los estudiosos de la historia, la filosofía y las ciencias en general. Spengler concibió que las culturas tienen un origen, un símbolo primario, un alma particular que no puede liberarse de su destino. Él descubrió que en las culturas se daban todas las leyes de la vida y aplicó la teoría cíclica de la antigüedad clásica desde Polibio, que siguieron Vico y Nietzsche, entre otros.

Pero además puede ser inscripto en las generales de la filosofía vitalista y colectivista contemporáneas, se pueden encontrar en sus obras aspectos

similares al diario del Conde de Keyserling, alas síntesis culturales de Moeller Van den Bruck, Leopold Zieglers y Leo Frobenius. Este último investigador, especialista en culturas africanas cuyas tesis condensó en *Paideuma* (1921), impactó con sus trabajos a Spengler, quien quedó impresionado por el bajísimo nivel de vida de las tribus del África. La comparación con el mundo fáustico reforzó más su visión del ciclo cultural (otra idea de Frobenius) pueblos primitivos-culturales-fellachs. Y la idea de civilización como fase final de una cultura la tomó del ruso Danilevski, según Sorokin¹³. En cuanto a la decadencia cíclica de las culturas, ya la había esbozado en la mitad del siglo pasado Ernst Von Lasaulx y Karl Friedrich Vollgraff, antes aun que Jacob Burckhardt; tampoco hay que olvidar los aportes que a la tesis de la declinación del mundo antiguo hicieron Montesquieu, Gibbon y Otto Seeck, así como la idea del cesarismo de Theodor Mommsen. Lo que añadió Spengler fue la concepción energética de que las culturas sufren una “pérdida del calor” –*Warmetod*– y un agotamiento de la vitalidad, es decir, una entropía.

Al señalar Spengler que las ideas devienen hechos, pues se convierten en unidades políticas, pueblos, facciones y quieren combatir con armas y no con palabras, está privilegiando el hecho político de la historia: “toda política –dirá– en su sentido máximo es vida, y la vida es política”¹⁴; por lo tanto, no puede extinguirse la vida mientras exista, la vida resulta “juego, danza, en una profunda unidad”¹⁵. La vida colectiva se diferencia y adquiere expresión plena en cada cultura-pueblo. La idea es esencial, pues separa a Spengler de otros autores que se le asemejan sólo aparentemente.

También el historiador inglés Arnold Toynbee establece un análisis del origen, crecimiento, colapso y desintegración de las civilizaciones –nombre que él le da a las culturas– pero su intención y sus conclusiones son distintas de las del alemán. En primer lugar, Spengler no dependió de nadie, de ninguna institución ni universidad para efectuar sus estudios, lo cual implica una ausencia total de condicionamientos. Toynbee no tuvo esa suerte, tal cual lo reconoce en el prólogo a la primera edición del primer volumen de *A Study of History*, de 1934¹⁶. La germánica concepción del alma colectiva cultural se opone flagrantemente al

individualismo anglosajón toynbeeano: "Las sociedades humanas son relaciones entre seres humanos que no sólo son individuos sino también animales sociales... el producto de relaciones entre individuos... las analogías biológicas y psicológicas son inadecuadas para expresar las relaciones en que se hallan las civilizaciones en crecimiento con sus miembros individuales..."¹⁷.

En otra parte de su obra, Toynbee ataca a Spengler, "cuyo método consiste en erigir una metáfora y argüir después como si fuera una ley basada en fenómenos observados, que toda civilización pasa por la misma sucesión de edades que un ser humano; pero su elocuencia en este tema no sirve de prueba en ninguna parte, pues ya hemos observado que las sociedades no son organismos vivos... sino el campo de actividad de un determinado número de seres humanos individuales..."¹⁸. Sabemos que Toynbee ofrece una solución al colapso de una civilización, la palingenesia, una suerte de mundialismo espiritual al estilo de la "Salvation Army"¹⁹, contrariamente a la propuesta spengleriana de que toda civilización, en su final, termina en una concentración cesárea del poder hasta que desaparece y deja lugar a otra cultura.

Otro de los grandes temas polémicos de Spengler son los aspectos paganizantes de su morfología de la historia, especialmente sus apreciaciones sobre la religión –primacía de los hechos sobre las verdades, segunda religiosidad, cesarismo sin trasmundo– pensamiento orientado a las premisas metafísicas del protestantismo, las cuales conducen a la intuición amoralista del mundo como exaltación vital. Las contradicciones entre el cristianismo y el socialismo prusiano preconizado por el filósofo, por ejemplo, no fueron reconocidas por la crítica protestante, pero sí advertidas claramente por los católicos²⁰.

Desde el ámbito latino, los estudiosos del de Blankenburg han querido ver un sesgo no sólo anticatólico sino, incluso, antilatino en muchas ideas de *La Decadencia*. Ante todo consideraban que sus conclusiones eran demasiado tajantes, sin concesión por lo gradual. Mientras que los críticos anglosajones se preocupaban por las consecuencias antidemocráticas de las teorías spenglerianas,

sus colegas franceses e italianos enfatizaban la tradición marcadamente prusiana de Spengler, su gusto por el vitalismo nietzscheano, la adquisición típicamente germana de elementos de las ciencias naturales aplicadas de manera implacable a las culturas históricas, todo lo cual desembocaba, a su juicio, en una doctrina más del pangermanismo²¹. El mismo Croce, cuando se encuentra con la sombría predicción de la decadencia ineluctable, como buen napolitano reacciona harto desfavorablemente ante lo que él mismo considera un "mamotreto". El estilo literario de Spengler seguía el gusto apocalíptico del romanticismo, aun cuando acentuado por el peso de una época difícil. En el ámbito germano se asimiló de inmediato el pensamiento spengleriano al nietzscheano: en algunos casos se le atacó conjuntamente, en otros, se trató de revalorizar la primacía espiritual de Nietzsche, pero casi siempre en abierta crítica del 'irracionalismo'.

Aún no había aparecido la segunda parte de *La Decadencia* cuando en la Argentina, antes que en cualquier lugar del mundo fuera de Alemania, un profesor dedicaba una cátedra entera al estudio de la "sociología relativista spengleriana". Fue en 1921 en las Universidades de Buenos Aires y La Plata, a cargo del Dr. Ernesto Quesada. Es el comienzo de una vasta producción sobre el pensador alemán²². Sabido es que Spengler considera ocho culturas en su obra: china, egipcia, babilónica, hindú, antigua, árabe, azteca y occidental. De la cultura americana apenas dice algo interesante. Quesada reprochó de inmediato esta carencia, e intentó desde el principio acercar al alemán elementos de las culturas precolombinas. Ante el anuncio de su curso en un periódico, Spengler envió una carta por interpósita persona donde le expresaba al catedrático argentino "su interés por todo lo referente a las culturas americanas y rogaba enviarle bibliografía sobre la cuestión en alemán, francés o inglés pues otro idioma no poseía... Le atrae especialmente la cultura maya y la inca, de la primera utiliza todo lo que ha podido... conoce por referencias las excavaciones estadounidenses pero no los resultados científicos; tiene el concepto pero desea comprobarlo, de que las culturas maya, azteca e inca presentan análoga fenomenología con la clásica grecorromana... para apreciar estas culturas carece de suficientes elementos de estudio y le interesa vivamente se le transmita cuanto pueda servirle"²³.

Poco después Spengler escribe nuevamente a Quesada: "de los informes recibidos de su curso, me apercibo que Ud. da particular importancia a la omisión de las grandes culturas americanas en mi libro. De la mexicana me ocupo repetidas veces en mi tomo II. Pero me ha sido imposible obtener material fidedigno sobre las propiamente sudamericanas: conozco una serie de trabajos sobre procedimientos artísticos y decorativos, aun sobre las condiciones sociales, mas su contenido me parece sometido a caución... no conozco nada de importancia, ni es favorable mi situación respecto de la mexicana... en América sospecho habrán aparecido importantes obras en español, que no domino... me obligará usted muy especialmente si llamara mi atención hacia las obras dignas de ser consultadas y, más aún, si me facilitara esa consulta..."²⁴.

Resulta de gran interés constatar que una "estrella" del saber de entonces como Spengler recurría a un catedrático argentino para aprender más. En aquellos tiempos de la Argentina opulenta y respetada, Quesada se entrevistó personalmente con el pensador de la decadencia en Munich, surgiendo una fructífera amistad; a la opinión spengleriana de que la civilización americana era una prolongación de la europea, cuyas manifestaciones seniles y materialistas copiaba, el argentino replicaba que eso valía para las urbes y la sociedad yankee pero de ningún modo para el pueblo latinoamericano, raigal e incontaminado²⁵. Los encuentros se repitieron hasta la muerte de Quesada en 1934 en Suiza (previamente había sido nombrado profesor honorario de la Universidad de Berlín y creado el Instituto Iberoamericano).

El primer idioma al que fue traducida *La Decadencia* fue el español, en la renombrada versión de Manuel García Morente –prologada por Ortega y Gasset– pues hasta la década del treinta no sería traducida al inglés, francés e italiano –versión esta última corregida por Julius Evola– mientras la primera edición española es de 1923. Pocos saben que previamente a ésta, una parte del primer volumen había sido traducido por un equipo de académicos argentinos, si bien salió conjuntamente con la edición peninsular²⁶. No obstante, el interés por Spengler que mostró Quesada –un hombre de formación alemana en un país

de clara influencia cultural francesa e inglesa— es bastante atípico. Recordemos que en el mundo latino el de Blankenburg no era muy apreciado. En 1928, el escritor católico Manuel Gálvez, mentor intelectual de toda una generación argentina, señalaba que *La Decadencia* jamás habría sido escrita por un latino. “Es imposible, sobre todo para un latino, aceptar sus doctrinas esenciales... La mayor refutación que se le puede hacer es que el desdoblamiento que hace Spengler del cristianismo —mágico y gótico— es un disparate”. En una muestra de latinidad a lo Maurras, señala Gálvez que Alemania es un país “bárbaro” comparándolo con Estados Unidos; desde Goethe hasta Wagner produce una literatura y un arte “bárbaro”, carente del buen gusto latino. “Por si esto no bastara, Spengler se empeña en disminuir a los griegos y romanos, al Renacimiento y en agrandar a los hindúes, chinos y germanos”, para concluir: “no existe sino una sola civilización, la greco-latino-cristiana”²⁷.

En esa misma época, un periodista de “La Nación” conseguía entrevistarse con Spengler en su departamento, en un tercer piso de un suburbio tranquilo de Munich, y nos dejaba un retrato del famoso “mago de las culturas”: “Me presenté, simplemente, anunciándome como un extranjero que deseaba conocerlo... a las cinco de la tarde, sin ningún tropiezo, como debe ser, yo me enfrentaba con uno de los hombres más curiosos y extraordinarios de la posguerra... es más fácil entrevistarse con Spengler que con cualquiera de los ‘ases’ que tenemos por aquí... Es uno de esos sabios alemanes sobre los cuales no admitimos variantes de ninguna especie: cabeza cuadrada y absolutamente rasurada, grandes y gruesos anteojos, con poca estatura y una ingenua sonrisa gramática que muchas veces suplía la parquedad de sus palabras. Spengler me pareció más sabio aún al declarar con cierto énfasis que jamás había sido profesor de ninguna universidad ni pensaba serlo. En lugar principal, coronando la escena, se destacaba, en el conjunto severo y armónico del despacho, un busto de Napoleón... El Dr. Spengler no hablaba más que alemán y un poco de italiano, ni francés, ni inglés... conversamos en mal italiano, dijo que quizás en años venideros aceptaría una invitación que ya se había formulado para un ciclo de conferencias por los EE.UU., Argentina y Japón”²⁸. No obstante, estas palabras eran de cortesía pues jamás el prusiano salió en gira académica fuera de Alemania.

Spengler gustaba del teatro y la música, tocaba habitualmente el piano e incursionó en la poesía. Comenzó a escribir un drama sobre Cristo, otro sobre Eróstrato y otro sobre Tiberio –ambos arquetipos de megalomanía trágica–; también trazó bosquejos escenográficos para una historia sajona hasta Bismarck. Entre sus anteproyectos figuran una novela “bávara” basada en el rey Ludwing II, pero luego destruyó todos estos esbozos y sólo publicó el relato breve *Der Sieger* y escribió el libreto de la ópera “Las Bodas de Diana”, estrenada en 1928 en Duisburg. Personalmente era un hombre desesperanzado, aun cuando lleno de valor y vitalidad intelectual, con imágenes en el alma que le entristecían pero a las cuales conjuraba con su visión cruda y realista. Su frase favorita era una sentencia de Séneca: “El hombre que tiene voluntad maneja el éxito al que nada hace le destruyen”. Desde joven había vivido la experiencia del destino, la vivencia cotidiana de lo azaroso, del fatum, y buscaba, por ende, la verdad en la realidad radical. No obstante ser un romántico, estaba más allá de las tendencias de su época pues no buscaba lo sobrenatural -*überwirklichkeit*- sino los hechos, valorando que estos hechos tuvieran estilo. No sólo la *Voluntad de Dominio* de Nietzsche le mostró un camino, también el poeta Stefan George y su brillante obra expresionista *Stern des Bundes* (*Estrella de Unidad*), de 1914, le conmovió profundamente. Pero después de frecuentarlo consideró que, en realidad, no deseaba sentarse con aquel y su grupo selecto a recitar poesías, sino que había mucho que descubrir más allá de estos centinelas. Tampoco apreciaba demasiado Spengler a los historiadores alemanes y anglosajones, ni a los estudiosos de la antigüedad clásica y las culturas extraeuropeas. De hecho, ni siquiera con grandes investigadores como Adolfo von Harnack y Eduardo Mayer –por citar dos de los más respetados por él– tuvo un contacto fructífero, maguer la correspondencia intercambiada. Algunos de los mayores talentos del saber filosófico y científico fueron sus contemporáneos, pero rara vez los tenía en cuenta; despreciaba a la mayoría de sus críticos y ni siquiera les contestaba. Con quien tuvo encuentros personales –existiendo una influencia recíproca– fue con Marx Weber. Las últimas reflexiones del sociólogo alemán recuerdan a Spengler, al menos en lo que hace al tema de las “estaciones”, a pesar de que Weber está libre de las convicciones apodícticas del de Blakenburg. Las dos alternativas que

se le presentan al autor de *Economía y Sociedad* en lo que respecta al hombre frente al acontecer son: o los valores humanos se realizan en un proceso histórico o el manejo y el desenvolvimiento de dicho proceso no respeta las instituciones humanas, es decir, no tiene sentido. Ambos, Weber y Spengler, defienden este último punto de vista.

De todos modos, Spengler jamás cita a Weber y éste tampoco menciona a aquél, aun cuando no es imposible que *La Política como profesión* se dirija contra el de Blankenburg. La esposa del sociólogo, Marianne, informa además que Weber, de manera afectuosa, consideraba a Spengler hombre de ideas originales y ambos se reunían a intercambiar ideas²⁹. A pesar de lo opuesto de sus premisas intelectuales, ambos hombres coincidían en exaltar el nacionalismo alemán y su misión histórica en la defensa de Occidente frente a las amenazas de la época. En el caso de Weber, la conciencia del peligro que Rusia representaba surgió en su mente con la derrota germana en la Primera Guerra Mundial³⁰. (No en vano el tono pesimista de los últimos ensayos weberianos).

A pesar de su exaltación del "hacer" en la historia, Spengler fue toda su vida un científico y un ideólogo, no un hombre práctico. Era lo que los alemanes llaman *Schreibtischdenker*, pensador de escritorio. No gustaba de la lisonja ni de comprometerse con facción o partido alguno, sino ser el portavoz de una opinión histórica mundial.

No obstante, este filósofo de escritorio que consideraba innecesario y estéril integrar las filas de cualquier fracción de la política alemana, se comprometió profundamente con su nación y su época. La atmósfera social y política se enrarecía progresivamente y, al decir del escritor Ernst Jünger, sólo cabía retirarse en semejantes momentos; retirarse "a un astro relativamente decente. Unas veces a Marte y otras a Venus, pero nunca a Saturno... éste presenta franjas de niebla, y además, allí está Spengler"³¹. Desde el "saturnal" retiro de su departamento de la capital bávara, un hombre desaconsejaba incursionar en Marte por cualquier motivo y predecía, como un Oráculo, los terribles tiempos futuros; se dirigía a la fuerza que él consideraba como más capacitada para afrontar la marea decadente y frenarla: la juventud³².

La revolución de 1916 –que apresuró el fin de la guerra y pretendió construir “soviets” en toda Alemania y Europa y que sólo pudo ser dominada por el ejército– empujó a Spengler a escribir sobre política. La miseria, la desocupación, la inflación, las filas de indigentes y mutilados, los atentados cotidianos, la expoliación de la riqueza del país a manos de los vencedores, crearon un clima propicio para nuevas ideas.

Desde el moderno estudio de este filósofo sobre la decadencia hasta la novedosa *Historia del Arte* de Richard Hamanns (1933) pueden acumularse centenares de ejemplos de literatura germana representativa de un espíritu colectivo que prefiere lo afectivo a la razón, lo orgánico a lo legal, lo comunitario a lo individual. En esos años la gente tenía interés de ser miembro de un grupo, un movimiento juvenil o ideológico, una promoción cultural; en fin, querían representar esa generación. Se descubrieron las ideas del expresionismo, del dadaísmo, del constructivismo, y una nueva realidad. Al mismo tiempo, fueron directamente alcanzados por el libre desarrollo de la vida política, social y económica; fue una etapa de positiva importancia. Más que un fenómeno de arte fue un fenómeno de grupo³³. La mayoría de los intelectuales de entonces reaccionaron desfavorablemente contra la degradación de la vida y el caos de formas que siguió al fin de la guerra y que fueron el plato cotidiano de la frágil democracia weimariana. Posteriormente fue fácil señalar –como hicieron muchos pensadores “humanistas”– que este nuevo colectivismo agresivo y estas críticas demoledoras “prepararon el camino del nacionalsocialismo”³⁴, pero en aquellos días las fuerzas vitales de la nación deseaban vencer la amargura de un presente espurio y asaltar un futuro prometedor. Todos coincidían en su desprecio a la verborragia vacía del Parlamento; las opciones eran nacionalsocialismo o comunismo o aceptar el sistema.

Spengler tuvo la virtud de decir las cosas por su nombre: su patria era un campo de batalla internacional, las distintas fracciones internas combatían entre sí, a sabiendas o no, acordes con el juego mundial. En primer lugar denunció la diferencia existente entre la mentalidad inglesa y la prusiana: una es individual,

liberal y parlamentaria, la otra es comunitaria, jerárquica y estadual, en unos el contraste existe entre ricos y pobres, en otros entre mando y obediencia. Ambos son socialistas pues unos pretenden la imposición del modo capitalista a nivel mundial, en contraposición del ideal del mundo como estado... "De esta manera, el contraste angloprusiano se emplaza en el dominio de las formas políticas. Son las más elevadas y poderosas de la existencia histórica. La historia mundial es la historia de las naciones y ésta es la de las guerras entre ellas... las luchas económicas se transformarán en luchas entre las naciones o dentro de ellas... hay en cada país un partido inglés enfrentado a uno prusiano"³⁵. Pero no es todo; hay dos internacionales más, aparte de la capitalista y la prusiana: la católica dirigida por Roma, y la Internacional Bolchevique, que se ha apoderado del término "socialismo" para darle una connotación revolucionaria particular. ¿Por qué no triunfó en 1918 el bolchevismo en Alemania?, se pregunta Spengler. La revolución de 1918 no fue igual a la de 1789; señala el filósofo, "un francés lo hubiera considerado una ofensa". "Si un gran hombre, uno solo, hubiera surgido de ella, el pueblo alemán entero lo hubiera seguido. Los jacobinos no tenían reparo en sacrificar a todos los demás porque se sacrificaban primero a sí mismos. Hacían la guerra a la minoría en el interior y a media Europa en el frente. Si sus imitadores de 1918 hubiesen desplegado la bandera roja en el frente de batalla, lanzándose a morir con los primeros, entonces habrían arrebatado consigo al ejército exhausto, a sus oficiales y al Occidente entero. En esos momentos se triunfa muriendo. Pero los flamantes revolucionarios se guardaron bien de hacerlo: en lugar de ponerse a la cabeza de un ejército rojo prefirieron ponerse al frente de comités obreros bien rentados. En vez de ganar batallas contra el capitalismo, las ganaron contra los depósitos de comestibles, los cristales de los palacios y escaparates, contra los tesoros públicos. No vendieron su vida, sólo sus uniformes..."³⁶.

La misma revolución abortó desde el principio la naciente república de Weimar, fundada sobre el propio inestable equilibrio de unas fuerzas puramente formales; el resto lo hizo el desprestigio parlamentario. Los nazis sólo fueron los sepultureros.

Los desvelos de Spengler giraban en torno a un problema: cuáles serían las ideas políticas y espirituales que determinarían el futuro. Desde el siglo pasado la juventud alemana había originado un poderoso movimiento vitalista; en polémica con los “viejos esquemas” propusieron contraponer el alma al intelecto y a la vida utilitaria. Luchaban contra el snobismo, la trivialización espiritual y el materialismo. No seguían a Marx ni a Comte, sino a Nietzsche y a Wagner, amaron la naturaleza, resucitaron las viejas canciones, escribieron nuevas odas en un estilo diferente. Por sobre todo, sentían la decadencia con desesperación; la desarticulación alemana, el provincialismo, les exasperaba. La “Paz Armada” los nacionalizó y politizó; en su afán de superar el particularismo, el individualismo y lograr una conciencia territorial, forzosamente habrían de devenir en anticatólicos y antiliberales. Surgió así la idea de una educación por el estilo, plasmada en un libro impactante entonces: *Rembrandt como educador* de Julius Langbehn, quien a fines del siglo proponía una formación por la belleza; es decir, se guiaban por una aprehensión estética del mundo y la realidad.

El *Ancien Régime* no había conciliado al estado con el obrero, las clases más “poderosas” eran las más “educadas”; ellas debían forjar una nueva sociedad por su acción educadora. Pero la Gran Guerra obró el milagro de hermanarlos a todos; en la trinchera se sufría, se vivía y se moría de manera absolutamente igualitaria y la camaradería del frente borró las diferencias sociales. Cuando los sobrevivientes regresaron y fueron desmovilizados, llevaban este sentimiento comunitario en sus entrañas. Los jóvenes pensaban que el pueblo se oponía a los partidos, pues éstos significaban volver a una suerte de fragmentación y que lo mejor era un movimiento; al no alimentar a los partidos, éstos no eran más que una asociación de elites tradicionales y hombres maduros y ancianos. Los jóvenes se alineaban en los partidos “antisistema”, brazo institucional de sus respectivos movimientos, el comunista y el nacionalista.

Los mentores espirituales de esta juventud fueron Moeller Van den Bruck y Spengler. No hay que reclamar derechos sino tener obligaciones –decían–, la libertad verdadera es servicio a la comunidad y no ligereza, y la comunidad es

siempre superior al individuo. Pero el agudo sentido de la crítica del autor de *La Decadencia* le hacía ver que no era conveniente abandonarse a la búsqueda del romántico ideal de una comunidad de belleza solamente. "Si no quieren que el entusiasmo nacional de estos años se transforme en instrumento al servicio de la diplomacia extranjera y sus adherentes alemanes, tienen que educarse en forma diferente y no en una política de pasiones incontenibles, románticas y ajenas a la realidad. No es cuestión de vociferar contra este o aquel poder, sino sobrepasarlo en habilidad política. Me desespero cuando paso hoy por las calles de las ciudades alemanas y veo reuniones y desfiles, letreros en las paredes, distintivos que se lucen, y cuando oigo lo que se canta y vocifera... cuando percibo las teorías infantiles que reemplazan a las doctrinas económicas... me pregunto qué potencia enemiga aprovechará estos entusiasmos ciegos y descabellados... la política es un arte difícil, laborioso, solitario y poco popular... la mayoría de los jóvenes ha cargado armas, les recuerdo que la política no es más que el arte de ejercitarse en la lucha con las armas espirituales"³⁷. Y una vez más, Spengler les exigía organizarse, en un rol similar al Hegel de las generaciones bismarquianas.

Cabe señalar aquí la actitud que tomó entonces uno de los mayores escritores alemanes, Thomas Mann. Al de Blakenburg no le gustaba el estilo del autor de *La Montaña Mágica*, al cual consideraba un falso sentimentalista, de raíces fuera de época y manierista³⁸, pero de quien, fuera de algún juicio literario en privado, jamás se ocupó. En cambio el odio de Mann a Spengler está fuera de duda: fue él quien trató de disociar la traducción goethiana y nietzscheana del nuevo "educador". Tempranamente atacó *La Decadencia* como la obra de un "derrotista de la humanidad", su "amontonamiento de erudición vacía, su ausencia total de atención de lo humano" era el rasgo característico de su autor. "Si Spengler fuera cínico como un diablo, pero lo que todavía es más fatal: es un enemigo del espíritu, un snob"³⁹. El ataque de Mann siempre tuvo un mismo procedimiento: rescatar a Nietzsche y denostar a Spengler, a quien llamaba "mono inteligente" y "detestable parodista" del autor de *Zaratustra*⁴⁰ entre otros epítetos.

No sólo se trataba de temperamentos distintos y proyectos opuestos. Sin duda existe en Thomas Mann –un hombre tan preocupado por el éxito– una cierta

dosis de celos. Además el escritor veía en el filósofo una competencia doctrinaria. A pesar de que en sus tempranas *Consideraciones de un apolítico* Mann parece acercarse por momentos al sentir del prusianismo, la dirección hacia donde miraba políticamente no era precisamente la misma. Al igual que Coudenhove Kalergi y Philippe Herriot, creía Mann en una Paneuropa que movilizara el centro europeo contra Rusia o la sometiera a su influencia, tesis contraria a Spengler, quien proponía una unidad con el este, al igual que Moeller Van den Bruck. Los paneuropistas de Coudenhove Kalergi creían en las fuerzas conservadoras de la sociedad europea, por eso Mann también se volvía hacia la juventud, aunque no tuvo el éxito de Moeller Van den Bruck y Spengler. Sencillamente, los jóvenes del almidonado formalismo guillerminiano habían quedado enterrados en el lodo de Flandes, y ahora eran reemplazados por uniformados portaestandartes. Y pensar que, en el fondo, ni Spengler ni Mann aceptaban esta juventud callejera y bullanguera...

Para usar la expresión de Armin Möhler, la sociedad alemana estaba signada por la "revolución conservadora"; muchas de sus ideas se emparentaban al fascismo emergente en varios países de Europa. La influencia la tenían autores como los franceses De Maistre, Bonald, Gobineau, Barrès y Maurras, los italianos Pareto y Mosca, el inglés Houston Stewart Chamberlain, los alemanes Nietzsche, Spengler y Van den Bruck. El cambio radical de 1918 transformó a los desocupados en militantes, reforzó por igual las convicciones de conservadores y obreros, creó una conciencia política nueva en las clases medias. Es un caso típico en que un explosivo estado de ánimo popular encontró un fuerte emergente político⁴¹. La convicción de una Alemania secreta, irracional, pagana, elitista, opuesta a las declinantes instituciones republicanas era notoria en Spengler desde los tiempos en que se había acercado al ideal heroico-espiritual de Stefan George⁴². Pero le había añadido su sentido de la realidad política: "una vez más, socialismo significa poder, más poder, y una vez más, poder. Los planes y las ideas son nulas sin poder... la parte más valiosa del proletariado alemán en unión con los más conspicuos portadores del sentimiento prusiano estadual... han de cumplir su misión"⁴³.

Luego de 1945, se hizo lugar común incluir a Spengler entre los destructores de la democracia alemana y propulsores del nazismo; lo primero es cierto, lo segundo no. Sus escritos políticos le valieron el estigma de “teórico del imperialismo social”, operador del programa de “preparación ideológica para la guerra”, conjuntamente con Moeller Van den Bruck, Carl Schmitt y Ernst Jünger⁴⁴. En el caso de los nombrados, al igual que en el de Gottfried Benn, es imposible juzgar con eficacia, pues resulta muy difícil evaluar la atmósfera espiritual en la que se desarrolló el nazismo. Bien dice Nolte que estos escritores se encuentran en una relación compleja tal, que toda investigación ha de limitarse al fenómeno político⁴⁵. ¿Cómo definir ese fenómeno popular que hacía pronunciar palabras fatídicas, como aquellas referidas a la “época brutal que ya está en marcha” de la introducción a *Tempestades de Acero* de Jünger? ¿O esa necesidad de “encontrar toda grandeza en la conquista, el asalto”?⁴⁶.

La que sí resulta cierta es la animadversión que Spengler sentía por la república de Weimar: “En el corazón del pueblo –afirmaba– la constitución de Weimar ya está sentenciada a muerte”⁴⁷. En uno de sus escritos políticos el de Blankenburg hace una descripción de la república que, no por subjetiva y cargada de ideología, deja de tener lucidez. (No hay que olvidar que el prestigio del Reichstag era escaso desde siempre en el pueblo, pues los jefes parlamentarios no eran muy populares. Las personalidades más destacadas de la nación alemana no iban a la Dieta, pues consideraban más honroso trabajar en la industria o el comercio, como técnicos o científicos, en el arte o en el ejército). “Los partidos –decía Spengler– no son aquí parte del pueblo como en Inglaterra, sino colonias de parásitos en el corazón de la nación... La Asamblea de Weimar es un aula de muchachos cuando falta el maestro... esta corporación que en 1919 no fue elegida sino que se hizo elegir no se diferenciaba en nada de los bolcheviques de Moscú, salvo en su bajeza, de intención y de conducta; poco numerosos, estaban igualmente decididos a quedarse arriba, pero si en Rusia era para alcanzar a toda costa un programa universal vastamente concebido, en Alemania era para poner en seguridad la herencia recibida, subordinando hasta al enemigo para quedarse en exclusividad... De la angustia por el reparto de la presa (de la

revolución del 18) nació en las butacas del teatro de Weimar y en las cervecerías, la república alemana: no una forma de gobierno sino una marca comercial. En sus estipulaciones no se habla de la nación, sino de los partidos, no se habla de poder ni de honor, sino de partidos, no más grandeza, no más patria, sólo partidos, no derechos ni propósitos ni visión del futuro, sino intereses del partido... y estos partidos eran sociedades de lucro con una oficina burocrática pagada decididos a sacrificar cualquier proposición, cualquier idea, hasta cualquier artículo de la propia constitución jurada, a cambio del plato de lentejas de un Ministerio... la política se transformó así, en la continuación de los negocios particulares por otros medios⁴⁸.

La extensa cita anterior, de las más duras escritas por Spengler, prueban que, equivocado o no, el “pensador de escritorio” tenía una valentía intelectual que no puede dejar de ser reconocida. Con la misma dureza atacaría posteriormente al nacionalismo, allí donde –a su juicio– no constituía una solución sino una repetición de viejos males o, peor aún, el reemplazo de un mal por otro.

Hacia fines de los “locos veinte” surgieron en toda Europa una serie de catastróficas previsiones sobre el futuro. Eduardo Le Roy en *Les origines humaines* (1928) sostenía el advenimiento de un *homo spiritualis* para renovar de manera “evangélica” la civilización tecnomaquinista; Ferdinand Fried en *El fin del Capitalismo* (1932) alertaba sobre los progresos de la técnica y la industria y su agotamiento: o se abatían las barreras o había que renunciar al régimen capitalista. Por último Bergson, en una nueva obra, afirmaba la necesidad de retornar al misticismo; la sociedad natural tiene un repliegue de sí, tiene cohesión, jerarquía, autoridad, es decir disciplina y espíritu bélico, y el seguidor de la industria mecánica –en un *corsi e ricorsi*– será el hombre místico, que toma a la vida como un instrumento. La religión es una fabulación, una reacción instintiva o alucinación voluntaria, “una reacción defensiva de la naturaleza contra aquello que podría servir de deprimente para el individuo y disolvente para la sociedad en el ejercicio de la inteligencia⁴⁹”. En esta línea se encuentra la contribución de Spengler a la antropología: una “filosofía de la vida”.

El hombre es un predador, un “animal de rapiña”⁵⁰, que se ha hecho hombre gracias a la mano y a su capacidad técnica. En su desmesura, la civilización faústica ha dominado a la naturaleza por medio de la técnica, pero aquella empieza a cobrarse revancha. Para Spengler la inteligencia humana sigue un cumplimiento práctico; hay dos clases –señala siguiendo el diformismo bergsoniano– de hombres: dirigentes que piensan y ejecutores que obran. Aquí coinciden ampliamente el de Blankenburg y Jünger (al mismo tiempo aparecen *El hombre y la Técnica* y *El Trabajador*): toda la sociedad moderna es una sociedad de trabajadores movilizados, más allá de cualquier signo. Spengler apunta: la máquina termina con sus propios objetivos al lograrlos plenamente, el ser humano termina derrotado por la naturaleza y se refugia en la especulación pura; existe una fuga de capitanes de industria frente a la técnica; la masa termina rebelándose contra la tiranía de la técnica y los capitanes; por último, la técnica occidental firma su propio decreto de muerte al difundir sus secretos a “pueblos de color” (los amarillos, por ejemplo).

Las consecuencias políticas, en este orden de ideas, serán evidentes; al principio actuarán hermanadas la técnica y el dinero abstracto –el dinero financiero, una construcción mental cada vez más alejada de la propiedad tangible– hasta que “la dictadura del dinero se acercará a un punto máximo natural... como es una forma de pensamiento se extinguirá tan pronto haya sido pensado hasta sus últimos confines el mundo económico- por falta de materia. Invadió la vida del campo y movilizó el suelo, transformó en negocio todo oficio, acaparó victorioso la industria convirtiendo en presa y botín el trabajo de empresarios, ingenieros y obreros. Hasta la soberana del siglo, la máquina, está a punto de sucumbir a él... pero el dinero se halla al fin de sus éxitos y comienza la última lucha, cuando por la civilización recibirá su forma definitiva: la lucha entre el dinero y la sangre. El advenimiento del cesarismo quiebra la dictadura del dinero y su arma política: la democracia”⁵¹.

Durante la época de Weimar, las distintas fuerzas ideológicas y políticas estaban a la espera de una elite o un líder que las encauzara al cumplimiento

exitoso de sus postulados doctrinarios y objetivos de poder. La gente necesitaba desesperadamente creer. "La disposición al renunciamento es grande en los círculos y clases que antes del 14 nada veían, que durante la guerra nada entendieron y que después de 1918 sólo querían existir sin vivir realmente. Aquí decide la voluntad de unos pocos a un futuro al cual no renuncian... no sería la enorme desgracia que aun soportamos, sino el fin de esta voluntad lo que sería realmente el fin"⁵². Esta voluntad dirigida al cambio fue aprovechada por los nazis y hábilmente manejada por Hitler y sus colaboradores.

Contrariamente a lo que se afirmó reiteradas veces, Spengler tuvo una relación muy tensa con los nacionalsocialistas, en cuyo movimiento y líder no creía. Las diferencias existían a nivel político, pero también en la concepción filosófica de la existencia y de la sociedad humanas.

Sabido es que los nazis fueron el producto de una ecuación espaciotemporal cuyas variables estaban formadas por igual de elementos tradicionales y modernos. Las razones profundas de la aparición del nacionalsocialismo no son competencia de esta reflexión: basta señalar que este fenómeno ha sido considerado con gran ligereza las más de las veces, con pernicioso apasionamiento y una gran dosis de ignorancia y mala fe en el manejo de datos, fuentes y elementos de análisis, sobre todo a partir de que el periodismo empezó a apoderarse de las ideas, la historia y la ciencia política. Lo único que nos interesa, aquí, son las relaciones entre Spengler y el nazismo.

En la crítica económica de la sociedad moderna, los teóricos nacionalsocialistas –con Gottfried Feder a la cabeza– sostuvieron la idea, que los marxistas no habían desarrollado, de que el *quid* del sistema capitalista contemporáneo no estaba en la posesión de los medios de producción sino en la usura. Utilizando este concepto de manera acientífica y manejando arbitrariamente los estudios hechos por Werner Sombart y otros sociólogos y economistas, concluyeron que el judaísmo era el responsable de esta forma de explotación económica, nacida a fines de la Edad Media y en su fastigio con las formas económico-financieras

vigentes. Antes que una revolución económica y social, el nazismo fue una revolución antihebraea, en donde el hebreo no encontraba cabida, no sólo en las propuestas doctrinarias sino tampoco en la liturgia. Así, el hebreo entró en el juego político como elemento negativo, es decir como contraimagen⁵³. Aquí se encuentra la diferencia radical con Spengler, quien nunca fue antisemita.

Siguiendo al propio Ratzel, y coincidiendo con autores como Mayer y Michels, el pensador de la decadencia niega las tesis racistas. “La pureza de raza es un término grotesco ante el hecho de que hace milenios todas las estirpes y las especies se han mezclado, y precisamente las estirpes guerreras, sanas y ricas en porvenir, han acogido gustosas al extranjero cuando éste era de ‘raza’, cualquiera fuese la raza a la que perteneciera. El que habla demasiado de raza no tiene ya ninguna. Lo que importa no es la raza pura, sino la raza fuerte que integra un pueblo”: esto publicaba Spengler cuando ya el nacionalsocialismo estaba en el poder⁵⁴. Los teóricos racistas seguían la ley del *struggle for life* del darwinismo, aplicada al todo social, mientras ya desde *La Decadencia* el de Blankenburg las había refutado: la raza es un ethos y no una concepción zoológica o biológica. Hasta un hombre tan opuesto a las concepciones spenglerianas como Heller defiende una crítica tan “ingeniosa”⁵⁵. El portavoz de la filosofía nacionalsocialista más ortodoxa, Rosenberg, se sintió obligado a atacar a Spengler por su abdicación “al fatalismo semítico, que reconoce a todo acontecer como irrevocable” por negar “el carácter orgánico racial del ciclo cultural germano” y “negar la raza, el ‘corazón’ del ser humano germánico”.⁵⁶ Evidentemente, el nacional socialismo debía mucho más a Wagner que a Nietzsche. Pero por otra parte, Spengler nunca había dado al movimiento nazi la importancia que evidentemente tuvo en la vida alemana. Cuando el “putsch” de Munich, según le contaría al prof. Fauconnet, se mantuvo aparte e, incluso, hizo todo lo posible para evitarlo⁵⁷.

A partir de enero de 1933, el filósofo se retiró de toda actividad que no fuera intelectual; al igual que en 1919 había rechazado una cátedra en la Universidad de Göttingen –ofrecida por la república– en el 33 rechazó un pedido oficial de las autoridades del III Reich para incorporarse a las universidades de

Leipzig y Marburg. Cuando Goebbels le ofreció colaborar en la campaña del partido, el de Blankenburg también se negó, debido a los ataques de la prensa nacionalsocialista, que llegó a considerarle un traidor a la patria⁵⁸. Más de una vez, Spengler llegó a entrevistarse con el propio Hitler, a quien le envió con mucha audacia, un ejemplar de *Años Decisivos*, dedicado. En la introducción de éste último publicado en vida, saluda “la subversión nacional de este año, comparable al levantamiento de la 14”, pero advierte “no perder tiempo en embriaguez y sensación de triunfo... el poder fue tomado en un torbellino de fuerza y debilidad... sería bueno ahorrar las celebraciones para un día de verdaderos éxitos”. El siguiente año se editarán sus *Escritos Políticos*, recopilados en un volumen; allí fue más lejos: “necesitamos héroes y no tenores de ópera... habrá que educar futuros caudillos... no veo ninguno en la actualidad.”⁵⁹ Maguer la clara alusión al movimiento nazi y a su Führer, Spengler era demasiado grande para que fuera incomodado.

A pesar de todo, en las elecciones que dieron el triunfo a Hitler, reconoció el filósofo haber votado por él. “Si voto por alguien será por Hitler –había dicho– está loco pero hay que apoyar su movimiento”. Al triunfar, adornó –con su hermana Hilde– el balcón de su casa con banderas de cruces gamadas, “para fastidiar al pueblo”, según sus comentarios. Spengler, que admiraba a Mussolini, no sentía simpatía por el Führer nacionalsocialista. “Hitler quiere algo, hace algo y es posible que escuche también... un hombre honorable, pero cuando se está frente a él nadie puede imaginarse que sea importante”. Son palabras dichas a Hilde por su hermano. Hitler era “un hombre de partido, no un hombre de estado”⁶⁰.

Cuando apareció *Años Decisivos*, con su éxito masivo de venta, surgieron los más variados comentarios dentro y fuera de Alemania. El jefe del recientemente exiliado grupo del Instituto de Sociología, Max Horkheimer, lo consideró “una proyección de las más despreciables experiencias burguesas de la política imperialista del presente tiempo”⁶¹. Y Thomas Mann anota en su diario: “un nuevo libro político de Spengler acaba de salir... donde se declara sin ambages en favor del nacionalsocialismo. Cada línea suya daña a la república. Yo lo sabía”⁶².

Paradójicamente, quienes salen en defensa del pensador fáustico son los propios nacionalsocialistas, otorgándole con sus críticas verdaderos certificados de “no nazi”.

El secretario de estado adjunto al Ministerio de Propaganda, Johann von Leers, escribió un revelador ensayo donde muestra los puntos de vista de los nazis frente a Spengler. Las obras de este autor –reconoce von Leers– contribuyeron a la caída de Weimar, lucha en la cual estuvo con el nacionalsocialismo –“parte negativa”–; en la “parte positiva”, frente a “la forma de la nueva Alemania está claramente en contra de los fundamentos y el pensamiento nacionalsocialista. La unidad (con Spengler) era sólo externa”. El tono de von Leers es el de un crítico de izquierdas: “Spengler es un liberal capitalista... a él no le importa la formación de un socialismo alemán ni la inmersión de la clase trabajadora en la nación”. Y *Años Decisivos* es “un libro corruptor... el primer gran ataque ideológico al nacionalsocialismo... es una obra escrita contra el sentimiento de esta época y preparadora de la contrarrevolución ideológica: en lugar del estado nacionalsocialista comunitario, un estado totalitario del gran capital... en lugar de Hitler, un César, en lugar del trabajo mancomunado del pueblo, un líder económico. Spengler es un europeo del oeste, no es un nacionalista, mucho menos un nacionalsocialista”⁶³. ¿Quién afirmaría que *Años Decisivos* hermanó, en una misma crítica exasperada, a Horkheimer, Mann y un conspicuo miembro del equipo del Dr. Goebbels!

Qué hubiera ocurrido con Spengler si hubiera vivido más años y qué actitud hubiera tomado frente al nacionalsocialismo pertenece al dominio de las conjeturas. Las amistades del filósofo –que era asesor del Instituto Alemán Educativo del Acero– pertenecían mayoritariamente al ala conservadora de la política alemana: el Gral. von Seeckt, Hugenberg, Seldt, Ulrich von Hassel, es decir varios de los partícipes o allegados al atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. Pero también fue amigo de Gregor Straser, de las S.A., “un hombre de pasado sindical y sentido de la realidad”⁶⁴.

La muerte, sin duda, le ahorró a Spengler muchos disgustos, entre ellos el mayor, la guerra, que él había previsto años antes⁶⁵. La última etapa de su existencia, se dedicó al trabajo; planeaba hacer una gran obra histórica antropológica, que estudiara el origen del hombre, su religión, ética, moral, derecho, raza, estirpe, idioma, técnica, armamento, etc. Un ensayo sobre el segundo milenio antes de Cristo en la historia de los pueblos del Mediterráneo vio la luz en vida Spengler⁶⁶. La enorme cantidad de material que dejó en su escritorio, fue recopilado por su hermana y su sobrina, y editado póstumamente⁶⁷.

La purga del ala radicalizada del movimiento nacionalsocialista, la noche del 29 de junio de 1934, eliminó toda posibilidad de “revolución permanente” y –en términos de Grane Brinton– “reinado de terror y virtud” por parte de las S.A.; también cayeron elementos conservadores e indeseables. Los nacionalistas más conspicuos habían perdido amigos y conocidos en la purga; Spengler era amigo de Von Kahr, Gregor Strasser y Willi Schmids, muertos en la “noche de los cuchillos largos”. Schmids era un inocente crítico musical a quien habían confundido con otra persona⁶⁸. Totalmente desengañado y amargado, el filósofo tomó una actitud francamente opositora al gobierno, vaticinando que en diez años más el Reich no existiría y recibiendo las mayores y más duras críticas de militantes, políticos e intelectuales.

Sin duda, Spengler fue un hombre muy difícil; quizá el natural pesimismo de su carácter estaba acompañado de una íntima frustración e impotencia y, sin duda, despreciaba u odiaba la época en que nació y le tocó vivir. Quizá sus únicos momentos de felicidad real los pasó en sus escapadas a Italia y España⁶⁹, en la dirección del “amado sur” de Nietzsche, pero toda su vida, al decir de alguien, estuvo “solo, igual que Alemania”⁷⁰.

La noche del 7 al 8 de mayo de 1936 fallecía Oswald Spengler por causa de un ataque cardíaco –tal sería el clima del momento que circuló el rumor de que había sido envenenado– próximo a cumplir cincuenta y seis años.

Entre las obras spenglerianas se insiste en que nuestra época es una era de imperialismo, estados en lucha y guerras terribles, en la cual la política de la violencia vencerá a las formas económicas, y la sociedad, no obstante vivir una existencia materialmente muy refinada, se irá sumergiendo paulatinamente en un primitivismo amorfo, víctima de la creciente política privada y familiar caudillesca. A pesar de que constituye un lugar común dejar de lado a Spengler, a su “escepticismo” y “equivocadas teorías” históricas, es difícil no ver una influencia permanente de sus ideas, más aún en los que se empeñan en asegurarle a Occidente buena salud y larga vida. Aún cuando *La Decadencia* fue ampliamente superada por las tiradas de los best-sellers de la última posguerra, no volvió a existir un impacto cultural tan grande⁷¹. En la morfología de la historia se señala como “Occidente” a la Europa del oeste, si bien es cierto que la decadencia de la misma puede arrastrar a otros pueblos “occidentales”. Por desconocimiento, la mayoría de los autores incluye a los Estados Unidos, aun cuando, en verdad, éste es una proyección de la cultura europea (al igual que muchas urbes del llamado Tercer Mundo). Los impugnadores de Spengler se amparan en el poder y el auge científico, tecnológico, material y en la difusión de las modas y estilo americanos en el mundo, para asegurar que Occidente está en su cenit y no en su declinación. Precisamente, levantan todas aquellas banderas que el de Blakenburg consideraba arquetípicas de la decadencia. Existe la impresión que, luego del 45, este autor ha sido poco leído, o peor aún, mal comprendido.

Como es sabido, Spengler sostiene que la próxima cultura, sucesora de la actual occidental, es la rusa. Con este término él quiso significar una conjunción de elementos espirituales –esenciales para plasmar una cultura– medio dostoiévskianos, medio cristiano-mágicos, medio asiáticos, surgidos de las entrañas mismas del alma religiosa rusa y de la fuerza generadora del centro del mayor continente del globo. No interesa aquí señalar las motivaciones, fundamentos e influencias intelectuales de esta afirmación spengleriana. Sí importa apuntar una anécdota. Cuando la situación política interna estadounidense pasaba por una etapa particularmente crítica, y pocas semanas antes de la caída del presidente Richard Nixon, éste recibió de manos

del ministro de Asuntos Exteriores, Henry Kissinger, un ejemplar de *La Decadencia de Occidente*. Este gesto –según Zbigniew Brzezinski– habría sido más y mejor reconocido por Breschnev que por Nixon⁷².

Malgrado las apreciaciones de Adorno sobre la *hybris* de la imagen histórica de Spengler y el consecuente rebajamiento del hombre⁷³, el influjo sigue siendo grande. Desde que los moralistas invadieron el campo de toda la filosofía –claro síntoma de la creciente incapacidad para hacer metafísica– una serie de autores han sido puestos en el banquillo de los acusados, medidos y juzgados con patrones demasiado vulgares, y denostados sin más ni más. Así ocurre con Ezra Pound, Carl Schmitt, Martin Heidegger y el propio Spengler, quizá este último el menos comprometido con posiciones políticas y “éticas”. El gran entusiasmo de los existencialistas terminó por rescatar a algunos por vía del redescubrimiento de Nietzsche. Sin embargo el filósofo de la decadencia sigue permaneciendo relativamente en las sombras, como un lejano y solitario hito del pensamiento contemporáneo. No obstante, Toynbee, Jünger, Drieu, el propio Malraux, Arnold Gehlen, Konrad Lorenz, Marshall McLuhan, Raymond Aron y el mismo Umberto Eco, reconociéndolo o no, se cuentan entre aquellos influidos por sus ideas. Más allá de los múltiples errores que se pueden señalar en *La Decadencia* y otras obras, más acá de la riqueza de ideas y de estilo, es la coherencia intelectual de Spengler lo que ha de ser rescatado. Y su compromiso con su tiempo. “Yo me habría avergonzado de pasar por la vida con ideales baratos, debilidad propia del soñador y del hipócrita, que no toleran la realidad de la historia y determinan una época real con un par de palabras triviales... veo tantas cosas por hacer que temo falten los hombres para hacerlas”⁷⁴.

En esta época de labilidad espiritual, predisposición a la comodidad de no obrar ni pensar, a la verborragia, a la aceptación fácil de las opiniones ajenas y las modas culturales y políticas sin ningún tipo de actividad crítica, el ejemplo de Spengler quizá señale una opción o camino diferente.

Notas

¹ Algunas críticas y fuentes figuran en el libro *Spengler, pensador de la Decadencia* que hemos escrito con Vicente Massot –Edit. Temas contemporáneos, Bs. As. 1978–, y otras en la segunda edición, de próxima aparición. Este artículo pretende ser una revisión más exhaustiva. Queremos agradecer la inestimable colaboración de Hans Bley y Gustavo Gigena Lamas, por sus aportes para las traducciones del alemán y sus acertadas observaciones sobre el particular estilo de algunos autores germanos citados en este ensayo.

² *La Decadencia de Occidente* -Espasa Calpe, Madrid, 1966 (11).T. 1. pág. 141

³ Lorenzo Giusso: *Lo Storicismo tedesco: Dilthey, Simmel, Spengler*, Fratelli Brocca Milán, 1944.

⁴ *Decadencia...* T.I. pág. 83. Conferencia “Nietzsche y su siglo” en *El hombre y la técnica*. Espasa Calpe. Austral, 1947. Las lecturas de juventud, el ambiente familiar, y las reminiscencias de la propia infancia, han tenido lugar preponderante en el pensamiento de Spengler. En una reciente biografía, breve pero muy interesante (*Oswald Spengler*, Rowohlt Verlag, 1984) el Prof. Jürgen Naeher, de la Universidad de Dusseldorf, indaga en el mundo interior del pensador alemán. La lectura de Goethe y Shakespeare, pero también Nietzsche, Schopenhauer, Hoffmann, Baudelaire, los románticos, Poe y su “maelstrom”. El Dr. Naeher ha tenido acceso al hasta ahora inédito Diario de Spengler, conservado en el Spengler-Archiv. “Mis recuerdos... la vida de un hombre rechazado. Sin familia. Sin esperanza. Solo en la Nochebuena. Yo no conozco una casa alemana cómoda, la vida ordenada de una familia ni reconozco amistades...” Para el filósofo las imágenes del mundo son como fotografías del mundo: “El miedo del mundo es la fuerza creadora de todos los sentimientos básicos y el camino para el teatro del mundo”. Miraba ese teatro con la sensación de una secreta melodía que no muchas personas pueden sentir y apreciar, representada en la obra de arte, en la percepción íntima, en todos los grandes hechos de la historia. En ese mundo percibido estéticamente, todos son actores preparados para la escenificación, cada pequeño teatro dentro del gran teatro mundial, y lo asocia a la expresión de la obra wagneriana. Recuerda Spengler sus once años: “el dormitorio, bajo, recto, con paredes de madera; miraba en la noche las luces cada vez más pequeñas, apagándose, los ruidos que se perdían; yo lloraba, solo, lejano, sin esperanza, la pequeña obra de teatro, miedo...” Esos miedos llevan al niño a pegarse a su madre: “Mi gran miedo frente al mundo, al futuro, yo quería morir por miedo a una realidad salvaje. Mi conocimiento interior veía la vida como un camino de peregrino en un desierto, sin esperanza. Me puse al lado de mi madre... quería aferrarme a algo”.

El hombre siempre busca el calor del semejante, del nido: cada pequeña obra teatral es también una pequeña tragedia. Y el destino trágico individual semeja el de una gran cultura. (Jürgen Naeher: *op. cit.* pgs. 7, 21-27.)

⁵ Existe un curriculum redactado por el propio Spengler y enviado a un estudioso de su obra, el Prof. francés Fauconnet: "*Natus MD CCCLXXX Blankenburgi oppido, patre Bernhardo, matre e gente Grantzow fidem confiteor evangelicam. Primis Litterarum elementis imbutus per annum unum gymnasium soestense frequentavi, deinde, per annos octo, gymnasium halense cui nomen Latina. Maturatis testimonio instructus rerum naturalium studiis me debí in universitate halense, tum monacense, tum berlinense, tum iterum halense Collegiis exercitationibus que interfui, per octo semestria, virorum illustrissimorum: Bernstein, Dorn, Eberhard, Fries, Von Frietsch, Grenacher, Haym, Hussler, Klebs, Luedecke, Riehl, Vaihinger, Volhard, Blasius, Bronco, Stumpf, Baver, Von Bayer, Brentano, Gorbelt, Herwing, Lips. Quibus viris, gratias ago quam máximas*". André Fauconnet: *Oswald Spengler*, Alean, París, 1925, pág. XII.

⁶ Hans Vaihinger: *Die Philosophie des Als Ob*, Félix Meiner, Leipzig, 1924. Especialmente capítulos XVI a XVIII. Vaihinger previamente había sido profesor de Spengler. La influencia sobre la teoría matemática relativista spengleriana —los números son símbolos y cada cultura tiene su propia matemática— es evidente. El empleo del simbolismo metafísico para interpretar los hechos históricos —de neta influencia vaihingeriana—, sitúa la concepción relativista spengleriana en el ámbito supraestructural de lo abstracto. Allí apuntó la crítica marxista: "aquí el relativismo aparta al Absoluto del mundo sólo en forma aparente", anota Lukács —*Geschichte und Klassenbewusstsein*, Luchterhand, Berlín, 1970. Pg. 323— y dedica un capítulo de su *Asalto a la Razón* a la crítica, poco feliz, de Nietzsche y Spengler.

⁷ La tesis permaneció inédita durante muchos años, luego fue incluida en la recopilación *Reden und Ausätze*, ed. española: *Heráclito*. Espasa Calpe. Austral, 1947; en nuestro prólogo a la nueva edición española. Ed. Struhart, Bs. As., 1989, insistimos en los aspectos de la tesis de Spengler que se repetirán en toda su obra: escepticismo gnoseológico, concepción de la realidad como manifestación energética continua, su teleología, vida como permanente oposición dialéctica de fuerzas y relativismo axiológico.

⁸ Entre la tesis sobre Heráclito y *La Decadencia*, el único aporte de Spengler es el cuento breve "Der Sieger" —"El vencedor"— publicado en español en el suplemento "Hechos e Ideas" de "La Nueva Provincia", Bahía Blanca, N° 19 —que se refiere, precisamente, a un japonés que muere en un ataque a posiciones enemigas en la guerra ruso-japonesa de 1905 considerada una derrota no sólo rusa sino europea. El adulto Spengler descubre, por entonces, que sus esperanzas no se realizaron, y mira al nuevo siglo con ojos escépticos. De su *Diario* se deduce que no encontraba unión de alma y mundo, en una lucha interior de alma y pensamiento: "Mi vida es un típico camino de esta época de la cultura, de su última grandeza antes de apagarse, en la evolución de la sociedad urbana y la riqueza. La formación del Imperio como consecuencia, Nietzsche fue siempre romántico, Wagner también..." (Jürgen Naeher: op. cit. Pg., 36).

⁹ Spengler no fue llamado a filas. Cuando estalló la guerra tenía treinta y cuatro años, sufría de mala vista y corazón débil. No obstante, la contienda influyó mucho

en él, quien creyó desde el principio en el triunfo de los imperios Centrales, tal cual lo manifiesta en su correspondencia –*Spengler Letters*, Alfred Knoff, Nueva York, 1966, págs. 27 y 55, anticipando también la revolución en Rusia.

¹⁰ “Le envío un trabajo histórico-filosófico... con este libro yo deseo conseguir un resultado de esta larguísima labor sobre temas problemáticos de la política mundial del más candente interés actual: la significación histórica universal del prusianismo (Romanos y Prusianos: un paralelo histórico mundial) y el fenómeno del nacionalismo y el estado parlamentario” (Kurt Wolff: *Briefwechsel eines Verlegers 1911-1963* H. Schleffer, Frankfurt 1966, pgs. 284-286). Al menos uno de los “pequeños escritos” se refiere sin duda a *Prusianismo y Socialismo*. Wolf rechazó el manuscrito. La carta de Spengler se encuentra en Yale, y no figura en la correspondencia editada.

¹¹ Según el profesor Manfred Schroter, quien ha realizado –contemporáneamente a la disputa sobre Spengler– una impresionante recopilación crítica de los trabajos antispenglerianos: *Des Streit um Spengler Kritik seiner kritiker*, Munich 1922, abarcando la bibliografía de filósofos, teólogos e, incluso, folletos y artículos de diarios.

¹² August Messer: *Oswald Spengler als Philosph*. Strocker. Schoder, Stuttgart, 1924, pág. 55 y 59.

¹³ Pitirim Sorokin: “*Las filosofías sociales en nuestra época de crisis*”, Aguilar pg. 392. La idea de decadencia en occidente y el ascenso futuro de una nueva cultura rusa, común a Spengler, es de Danilevki también. No obstante, es difícil que el alemán llegara a conocer las tesis del ruso en su totalidad, pues éste publicaba en revistas, en su idioma, y sólo mucho más tarde fue traducido al inglés y al francés, lenguas que leía Spengler. De todos modos, la coincidencia es grande, si bien más que Danilevski fue Dostoievski quien influyó en el pensador de Blankeburg. Y Dostoievski también hablaba de una Europa decadente.

¹⁴ *La Decadencia* T. II pg. 395.

¹⁵ Spengler: *Urfragen, Ensere umano e destino*, Longanesi. Milán, 1971. pg. 43 y 55.

¹⁶ Toynbee agradece al Council of Royal Institute of International Affairs y al Rockefeller Fund, por haberle permitido su vasta investigación. Como miembro del Foreign Office se había encargado de la correspondiente revista varios años.

¹⁷ Arnold Toynbee: *Estudio de la Historia*, Vol. III, parte XI.

¹⁸ *Estudio de la Historia*. Vol. IV, parte XIV.

¹⁹ Una crítica muy ingeniosa e irónica de las teorías de Toynbee, la efectuó Carlos Astrada: *El marxismo y las escatologías*. Cap. VI, Ed. Juárez, Bs.As., 1969, quien señala que la transfiguración salvacionista se apoya directamente en la escatología cristiana,

concretamente católica.

²⁰ Lo cual no constituye ningún misterio, basta con leer al mismo Lutero. La crítica católica de la filosofía y el "ethos" spengleriano la encabezó Goetz Briefs: *Untergang des Abendlandes, Christentum und Sozialismus* Friburg, 1920; señaló además que la concepción social de Spengler tenía como fundamento *Gemeinschaft und Gesellschaft* de Tönnies, aparecido en 1837, pero sólo reconocido a partir de la 2ª edición (1912).

²¹ Por ejemplo el barón Ernst Antoine Aimé León Seillere: *Les pangermanistes d'après guerre*, Alcan, París, 1924.

²² Ernesto Quesada: *La sociología relativista spengleriana* (un volumen de 618 pgs.) Ed. Coni, Bs.As. 1921. Quesada dictó un curso universitario íntegro donde expone detalladamente a Spengler. Conferencia inaugural: Una nueva doctrina sociológica: la teoría relativista spengleriana, revista *Nosotros*, Año 15 pgs. 417-429 Bs.As., 1921. Además: "La faz definitiva de la sociología spengleriana", *Revista Humanidades* Vol. 7 Pgs. 57-103 - "La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana". Conferencias en la Univ. de Córdoba. A.N. Pereyra Ed. Córdoba 1924. Kant y Spengler. *Revista Valoraciones*. La Plata, Tomo II, 1924. El mismo artículo en alemán: *Kant und Spengler*. "Deutsche La Plata Zeitung", abril de 1924. "La evolución del derecho público (política y economía) según la doctrina spengleriana". Univ. de Buenos Aires, 1924. *Spengler Bedeutung*. "Deutsche La Plata Zeitung", octubre 1922, y "Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo". *Humanidades*, Bs.As. Tomo XII, 1926.

²³ Carta a Quesada contenida en *La Sociología Relativista*. Pág. 21.

²⁴ Carta a Quesada del 6/6/21 en íd. ant. pg. 588.

²⁵ *Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo*, pág. 37.

²⁶ E. Quesada, R. Orgaz y E. Martínez Paz: *La concepción spengleriana del derecho*. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Univ. Nac. de Córdoba. Serie IV, Vol. IV, Córdoba, 1924. Incluye "Las relaciones entre las culturas" como separata de *"La Decadencia de Occidente"*.

²⁷ Manuel Gálvez "La teoría spengleriana", *La Nación*.

²⁸ Adelqui Carlomango: "Media hora con Spengler", *La Nación*, 13/5/28.

²⁹ Tracy Stong: "Oswald Spengler. Ontologie, Kritik und Enttäuschung", en *Spengler heute*. Beck. Munich, 1980, pgs. 92-93. Un encuentro es confirmado por Karl Löwith quien recuerda que "hubo en un pequeño círculo un discusión sobre las tesis de filosofía histórica spenglerianas, en las cuales Weber era el único competente, y más acertado que Spengler". K. Löwith, en A.A.V.V. *Max Weber, Sein Werk und seine Wirkung*. Nymphenburger, Munich, 1972, pg. 314.

³⁰ Reinhard Bendix: *Max Weber*. Amorrortu, Bs.As., 1970 pg. 314.

³¹ Jünger a Von Salomón; citado por Ernst Von Salomón. *El cuestionario. Escenas de la vida de Alemania 1920-1945*. Luis de Caralt. Barcelona, 1955. Pg. 193.

³² De la soledad afectiva de Spengler habla a las claras el hecho que en su correspondencia no figura ninguna carta dirigida a una mujer en esos términos, sólo cordiales epístolas a damas amigas. Algunos estudiosos han querido derivar de ello implicancias negativas sobre el temperamento y las ideas del filósofo, que consideramos irrelevantes.

³³ Jost Hermand y Frank Trommies: *Die Kultur der Weimar Republik*. Nymphenburger. Munich, 1978, pg. 113.

³⁴ Erich Kähler: *Los Alemanes*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977 Cap. XXXV.

³⁵ *Prusianismo y So* 17. Ed. Struharte & Co., Bs. As. 1984.

³⁶ *Id.*, 4.

³⁷ "Deberes políticos de las juventudes alemanas", en *Seis Ensayos*, Mundo Nuevo, Sgo. Chile 1927, cap. II.

³⁸ *Spengler Letters*, pgs. 23-24.

³⁹ "Über die Lehre Spenglers", en Thomas Mann: *Gesammelte Werke*, T.X Fischer, Oldenburg 1960, pgs. 172-180. Es difícil imaginar, precisamente, a Thomas Mann señalando como snob a alguien; el contraste entre el solitario y el hombre de mundo, entre el suburbio muniqués y la sociedad americana, entre el rechazo de toda cátedra y la aceptación de toda invitación académica marcan dos personalidades totalmente disímiles y encontradas.

⁴⁰ En cartas de Thomas Mann a Ida Boy y al Conde Keyserling. *Briefe 1889 - 1936*. Fischer, Oldenburg, 1962, pgs. 202 y 321.

⁴¹ Karl Newman. *Zerstörung und Selbstzerstörung der Demokratie: Europa 1918-1938*. Kiegenheuer & Witsch. Köln-Berlin, 1964, pg. 241.

⁴² Para una relación entre Spengler y Stefan George ver George Mosse *L'uomo e le masse nelle ideologie nazionaliste*. Laterza, Bari-Roma, 1980. pgs. 129 y s.s.

⁴³ Así termina *Prusianismo y Socialismo*, la principal obra doctrinaria spengleriana.

⁴⁴ *Franz Neumann: Behemot. Pensamiento y Acción en el Nacionalsocialismo* F.C.E.

1943, cap. VI: "No importa la actitud de Spengler respecto al nacionalsocialismo ni la de los nazis respecto a Spengler... él tuvo una gran influencia en todos los movimientos e ideas antidemocráticos alemanes. Digan lo que quieran los técnicos contra sus afirmaciones de hecho, no puede negarse su brillantez" (*id.* pg. 226).

⁴⁵ Ernst Nolte: *I tre volti del fascismo*. Mondadori, Milán 1974, pg. 55. Que era una situación compleja y epocal lo prueba la evolución posterior del pensamiento de Jünger y Benn.

⁴⁶ Estas palabras son de Heidegger. Cit. en Jean Michel Palmier: *Les écrits politiques de Martin Heidegger*. L'Herne. París, 1969 pg. 83.

⁴⁷ Cit. por Williams Shirer: *Auge y caída del III Reich*. Luis de Caralt. 1962 T.I. pg. 76.

⁴⁸ *Estructura del Reich Alemán, Seis Ensayos*, III (la traducción no refleja totalmente el incisivo estilo del autor), versión original *Neubau des Deutschen Reiches*, en *Politische Schriften*, Beck, Munich, 1934.

⁴⁹ H. Bergson *Les deux sources de la Morale et la Religion*. Alcan, París, 1932, pg. 219.

⁵⁰ *El hombre y la técnica*. Austral, 1947 pg. 19.

⁵¹ *La Decadencia*. T. II pg. 587.

⁵² Spengler: "Zehn Jahre Nach Kriegsausbruch", en *Reden und Aufsätze*, Beck, Munich, 1951, pg. 338.

⁵³ Estos conceptos pertenecen a George Mosse: *Intervista, sul nazismo* (A cargo de Michel Ledeen) Laterza. Bari, 1977, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén y, a nuestro juicio, el mejor estudioso del nacionalsocialismo.

⁵⁴ *Años decisivos*. Espasa Calpe. Austral, 1962, pg. 197. Una década atrás en *Estructura del Reich alemán*, en una nota al pie de página apuntaba: "La raza extraña como minoría debe optar por la asociación, si se le advierte seriamente: el extranjero es reconocido como inglés siempre y cuando se ponga al servicio de Inglaterra".

⁵⁵ Hermann Heller: *Teoría del Estado*. F.C.E. México 1942 pg. 177.

⁵⁶ Alfred Rosenberg. *El mito del siglo XX*. Oda Bs.As., 1976. Págs. 231 y 374.

⁵⁷ *Spengler Letters* pg. 217. La noche del Putsch, Spengler estaba, no obstante, presente en la cervecería.

⁵⁸ La correspondencia entre Goebbels y Spengler en *Spengler Letters* pgs. 289-90. De los tres años que pasaron entre la toma del poder por los nacionalsocialistas y

la muerte de Spengler, se conservan pocas cartas con referencias políticas. O bien no pudieron encontrarse —parte de la correspondencia se perdió durante la última guerra— o el filósofo, (quizás sus familiares luego de su muerte) destruyó mucho de la misma. Existen cartas en universidades y archivos, no incluidas en la recopilación oficial.

⁵⁹ Introducción a *Politische Schriften*, Beck, 1934.

⁶⁰ Estos datos son de Antón Koktanek. *Oswald Spengler in Seiner Zeit*, Munich, 1969, obra exhaustiva citada por muchos estudiosos de esta etapa de la historia intelectual alemana.

⁶¹ Max Horkheimer; reseña en el *Zeitschrift für Sozialforschung*, Jahr, II Heft 3, Alcan, París, 1933.

⁶² Thomas Mann: *Tagebücher 1933-34* Fischer, Frankfurt, 1977, pg. 158.

⁶³ Johann von Leers: *Spengler Weltpolitisches System und der Nationalsozialismus*, Junker & Hupptnau, Berlín 1934. Son 48 páginas en total. Von Leers era afín a las S.A. y fue eclipsado, precisamente, la “noche de los cuchillos largos”. Posteriormente a la Segunda Guerra Mundial vivió un tiempo en la Argentina.

⁶⁴ Putzi Hanfstaengel: *Hitler, los años desaparecidos*. Luis de Caralt, 1960, pg. 214-215.

⁶⁵ Dice en 1933 en su libro *Años Decisivos*: “Estamos próximos a la segunda guerra mundial, con una desconocida distribución de las potencias y con medios y fines militares, económicos y revolucionarios, imprevisibles” (pg. 19).

⁶⁶ *Zur Weltgeschichte des Zweiten Worchritlichen Jahrtausends*, publicado en 1935 en la revista *Mundo como historia* y luego incluido en *Reden und Aufsätze* (1938/1951).

⁶⁷ Parte en *Reden und Aufsätze*; un gran proyecto de obra filosófica —*Urfragen*— y el estudio sobre la historia universal en su edad temprana *Fruhzeit der Weltgeschichte*, se editaron en la década del ‘60. La sola lectura de los índices muestra la vastedad de la empresa que se proponía Spengler.

⁶⁸ Spengler, al año siguiente, lo recordó en una nota: “Gedicht und Brief. Dem Gedächtnis Willi Schmidts”, contenida en *Reden und Aufsätze* pgs. 157.

⁶⁹ El viaje a España, en la primavera del 28, fue muy fructífero para su salud. La tensión y el agotamiento nervioso le habían provocado una hemorragia cerebral en julio del año pasado anterior de la cual no se recuperó del todo y no pudo volver a escribir como antes. En abril del 28 se encontró con la familia Quesada en Avignon y luego se maravilló con España, con su “calor, sol, palmeras y gitanos”. Granada, especialmente, le pareció “hermosa más allá de toda descripción, yo viviría aquí” (*Spengler Letters* pág. 229).

⁷⁰ Elegía de Jorge Luis Borges a Spengler, en ocasión de su muerte en la revista *El Hogar* (24 dic. 1936).

⁷¹ La casa Beck de Munich, que tiene los derechos de *La Decadencia*, publicó, hasta 1963 en sucesivas ediciones, un total de 141 mil volúmenes del primer tomo y 119 mil del segundo. No tenemos datos posteriores pero, bien visto, significa poco en relación a otras tiradas de autores contemporáneos de Spengler y, sobre todo, posteriores a él. Esto vale no sólo para Alemania, sino para todas las ediciones en cualquier idioma.

⁷² Entrevista del periodista inglés G.R. Urban a Brzezinski, en *Detente*, Londres, 1976, citado por G.L. Ulmen: "Metaphysis des Morgenlandes, Spengler über Russland" en *Spengler Heute*, ed. cit. 124-125. Kissinger había desarrollado una tesis de Licenciatura sobre Spengler, Toynbee y Kant. Se pueden encontrar no pocas connotaciones spenglerianas en su *¿Un mundo restaurado?*

⁷³ Theodor Adorno. "Spengler nach dem Untergang" en *Prismen, Kulturkritik und Gesellschaft* Suhrkamp, Berlín. Frankfurt, 1955.

⁷⁴ Spengler: "¿Pesimismo?" en *El hombre y la técnica*, ed. cit. pg. 121.